Entre *Libros* y *Pasillos*



Juglaría

Edición Digital **2026**

Índice

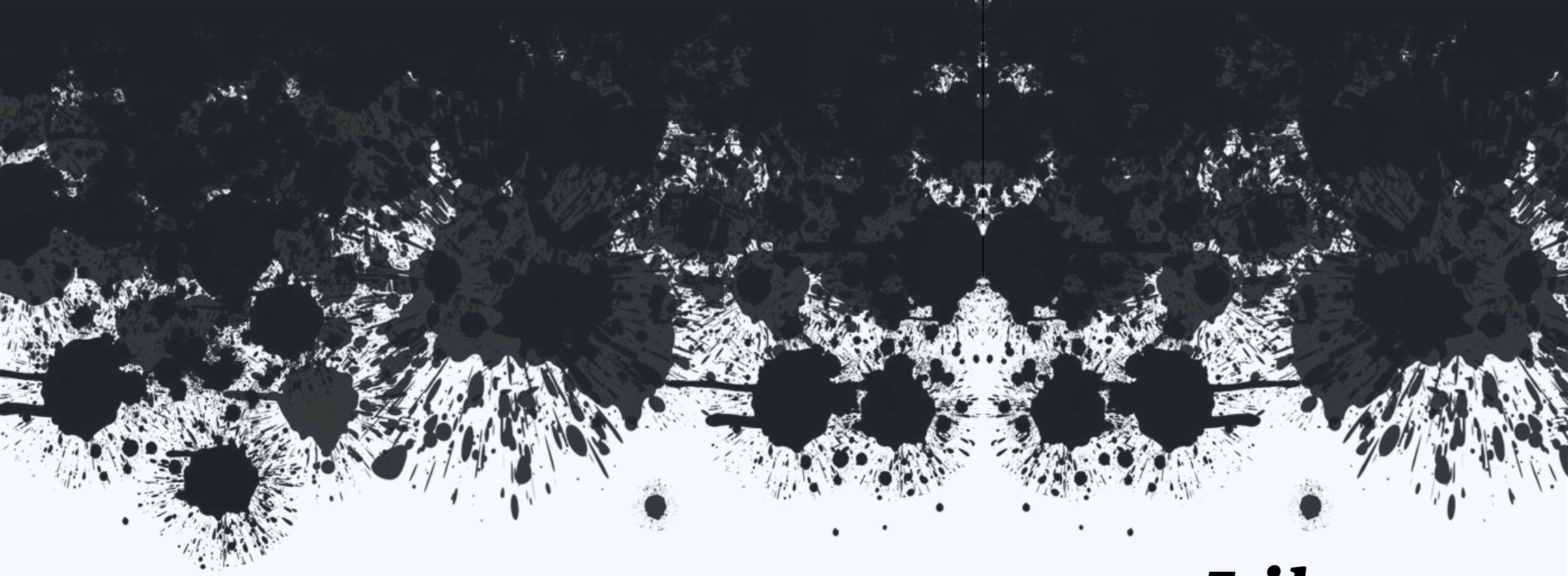
Prólogo Juglaría edición 2026 8

Poesía 11
Entre el Ser y el Tiempo 15
Lo nuestro 17
Escritura 18
Lluvia 20
La terminal 23
Palabras Vivas 24
Te recuerdo 27
Lector del Rendimiento 29
Las hijas de la luna 30

Cuentos 33
El barquito 34
Hasta conseguirlo 37

Narrativas 38
Entre el papel, la pluma y el corrector 40
Disculpe profe, las gallinas. La historia de Ana Lucía 42
Entre voces y aprendizajes: una experiencia en el Mbojere Cultural 45
Dónde las páginas aprendieron a latir 48

Ensayos 51
La caja de Pandora: escritura mestiza 52
¿Qué papel juegan las emociones durante el proceso de aprendizaje? 56
El derecho a leer y escribir: una defensa de la educación y la cultura 61
Filosofía y poesía: dos formas de comprender el mundo 64
Entre el Escamandro y el Paraná 66
El peligro de la moraleja y de la superación 68



Entre *Libros* y *Pasillos*

Coordinación general:
Lic. Natalia Germanovicz
Esp. Julieta Aguirre
Esp. Virginia Reichel

Comité de lectura:
Lic. Estela Benítez
Lic. Natalia Germanovicz
Prof. Josefina Mosqueda
Esp. Virginia Reichel
Lic. Rosanna Solis

Prólogo
Lic. Sandra Rodríguez

Ilustraciones:
Márquez Celene
Morinigo Amanda

¿QUERÉS PARTICIPAR DE JUGLARÍA?
Escríbenos a:
juglariaisarm@gmail.com

Posadas - Misiones - Argentina
Noviembre de 2026
Ediciones Montoya

Instituto Superior Antonio Ruiz de Montoya



Prólogo Juglaría
edición 2026

Lic. Sandra Rodríguez

Hay palabras que buscan nombrar el mundo, palabras que intentan comprenderlo y palabras que se aventuran a imaginarlo de nuevo. En todas ellas habita la posibilidad de: construir sentidos, compartir experiencias y abrir preguntas allí donde parecía haber certezas. La escritura, en este marco, no constituye únicamente una práctica de expresión; es también una forma de conocimiento, una experiencia estética y una invitación al encuentro con los otros.

La revista Juglaría nace de esa convicción y de la voluntad de generar un espacio donde la palabra circule, encuentre lectores y propicie nuevos diálogos. En sus páginas convergen ensayos, poesías y narraciones que expresan diversas búsquedas, singulares modos de interpretar la realidad y distintas formas de explorar las posibilidades del lenguaje.

La palabra, en el ámbito de la formación docente, ocupa un lugar fundamental. Leer y escribir son prácticas que nos permiten conocer, cuestionar, imaginar y construir conocimiento; pero también constituyen formas de encuentro con los otros y con nosotros mismos. Por eso, esta revista adquiere un valor especial: no solo reúne producciones escritas, sino que hace visible una trama de voces que expresa la vitalidad intelectual, creativa y cultural de nuestra institución.

Las producciones de estudiantes y docentes del Instituto pueden compartir aquí su espacio con las de autores que provienen de otros ámbitos, ampliando el horizonte de la publicación y enriqueciendo la trama de voces que la constituyen.

Esta pluralidad no es un rasgo accesorio: es parte de su identidad. La escritura desborda los límites de los espacios en los que se origina y encuentra, en el intercambio con otras experiencias, nuevas posibilidades de significación. Las voces reunidas en estas páginas no necesitan compartir una misma procedencia ni responder a una única perspectiva. Su encuentro se funda, precisamente, en la diversidad de miradas, en la singularidad de cada producción y en la posibilidad de construir sentidos a partir de sus diferencias.

El ensayo ofrece un espacio para el pensamiento que se interroga y ensaya perspectivas; la poesía explora la densidad expresiva del lenguaje y aquello que, a veces, escapa a las formas habituales de nombrar; la narración construye universos, recupera memorias, inventa personajes y transforma la experiencia en materia literaria. Distintos en sus procedimientos y búsquedas, estas formas discursivas comparten la potencia de la palabra para conmover, cuestionar, imaginar y enriquecer nuestra comprensión de la realidad.

Publicar estas producciones significa reconocer el valor del trabajo intelectual y creativo de quienes escriben, pero también afirmar la importancia de crear espacios donde la escritura pueda hacerse pública, encontrar lectores y entrar en diálogo con otras experiencias. Cada texto abre un recorrido; cada autor aporta una perspectiva; cada lectura renueva los sentidos de aquello que ha sido escrito.

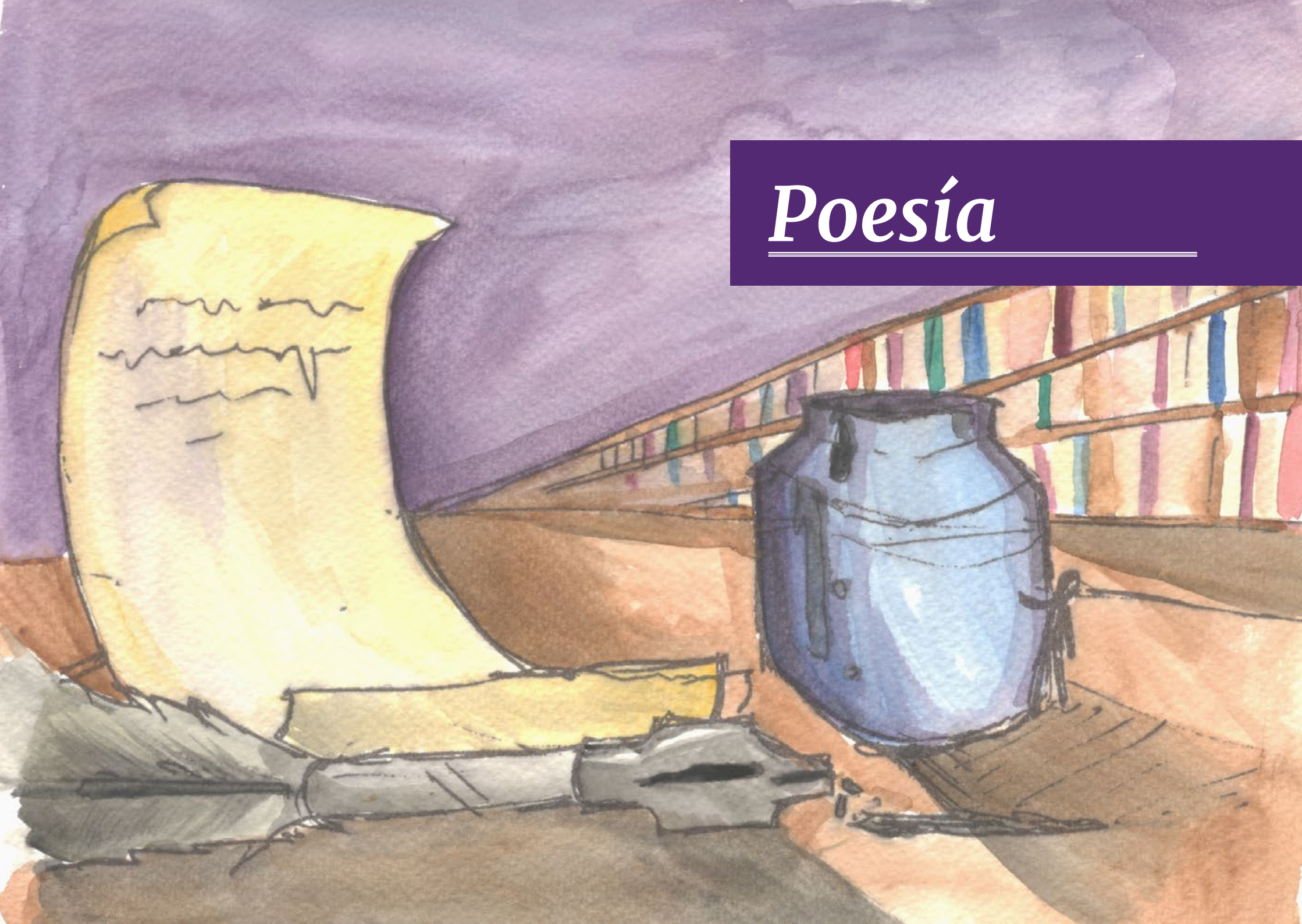
Invitamos, entonces, a recorrer estas páginas con curiosidad y disposición al encuentro. Que esta revista sea una huella de nuestras búsquedas, un espacio de intercambio entre la institución y la comunidad, y una invitación a seguir explorando las múltiples posibilidades de la palabra.

Porque escribir es también ofrecer algo de uno mismo a los demás. Porque cuando las voces se encuentran, cuando la lectura despierta preguntas y la literatura nos permite mirar de otro modo aquello que creíamos conocer, la palabra deja de ser solamente expresión individual para convertirse en una experiencia compartida.

Que estas páginas mantengan abierto ese espacio: el de la creación, el pensamiento y la conversación con los otros.



Poesía



Náufragos de la memoria

Por Alderete Rodrigo Guillermo.

La noche campante y victoriosa se alza sobre mis blancas hojas.
El tiempo desgastante parece incapaz de cubrir los pensamientos que me acongojan.
La soberana oscuridad gana terreno y despliega sobre la lámpara un manto de estrellas perladas.
Un silencio cansado se expande y el lienzo marcado por líneas negras me aguarda.

La cuidada calma se interrumpe al ver una sombra sin rostro emerger sobre la cama.
Se presenta como el faro anónimo que guiará mis manos cansadas.
Sin darme más palabras perfora con tinta oscura el blanco de la carpeta.
Crea un abismo y donde tomados de la mano empieza nuestro naufragio.

El negro de esa espesura se vuelve agua cristalina y un océano desbordante se alza sobre mi vista.
El guía señala una sombra que gime en una orilla.
Veo a un rey sin corona encadenado y confundido pregunta
¿Estos hierros encadenan mis sueños o encarcelan mi vida?

Dejamos atrás esa triste orilla para seguir nuestra vigilia.
A lo lejos se levantan verdes montañas y sobre su cima se escuchan gritos de caballería.
Sobre estos se alza la sombra de un hidalgo flaco y derruido,
que cual loco embiste a un monstruo hecho de aspas y madera.

Al pie de esa locura, un eco mudo busca su rima.
Es una figura que escribe en versos sus lamentos.
Ambos hombres contemplan en esa cima la ilusión de las mujeres perdidas.
Ángeles que guían cual musas lo más bello de sus vidas.

Somos náufragos de las estrellas que nos contemplan.
Ante el firmamento solo quedan trazos fundidos en recuerdo y sueño.
El nuevo blanco de mis hojas se inmortaliza con los momentos más radiantes con salpicaduras y destellos de belleza.

Entre el Ser y el Tiempo

Por Carlos Fabián Flor

Camino preguntándome
que queda de mí
cuando el silencio
borra mis palabras.

¿Soy acaso
lo que recuerdo.
lo que sueño,
o aquello que todavía no soy?

El tiempo pasa
sin pedir permiso,
y mientras envejece el cuerpo,
la pregunta permanece:

¿Para qué estamos aquí?

Quizás vivir
no sea encontrar respuestas,
sino aprender a caminar
entre las preguntas.

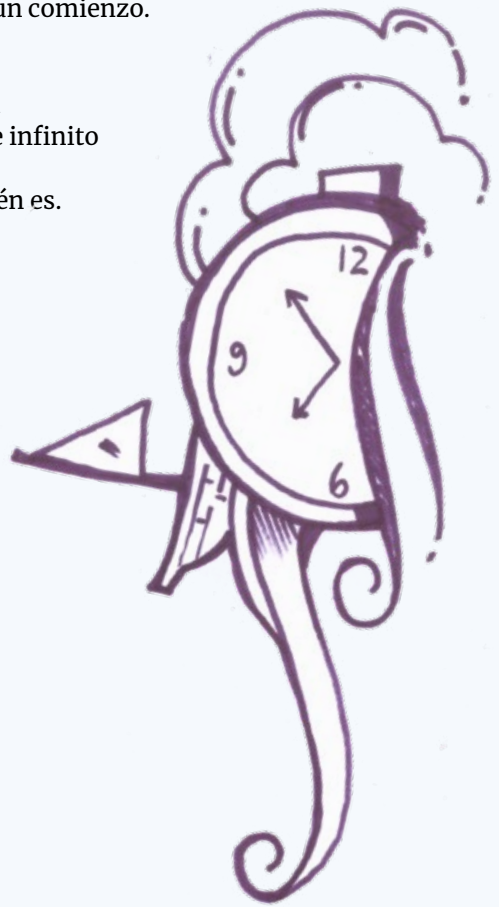
Porque la verdad
no siempre tiene un nombre,
a veces es apenas
una luz pequeña
que aparece
cuando nos atrevemos a pensar.

Y entonces comprendo
que ser libre
no es caminar sin caminos,
sino tener el valor
de elegir el propio.

Somos tiempo
somos memoria
somos deseo y posibilidad

Y mientras exista una pregunta
habrá también un comienzo.

Tal vez la vida
no sea otra cosa
que ese instante infinito
en el que el ser
se pregunta quién es.



Lo nuestro

Por Anyelina Franchetti.

Somos lo que sostiene nuestra bandera,
somos el coraje que cruza una cordillera.

Somos los jóvenes que a las islas partieron,
somos las crucecitas en Darwin de los que nunca volvieron.

Somos un mate compartido,
somos el abrazo a un extranjero amigo.

Somos la indignación frente a la injusticia.
somos la riqueza que los grandes observan con codicia.

Somos un Papa con zapatos gastados,
somos un tren que lleva ayuda a los refugiados.

Somos la moneda siempre inestable,
somos la bronca que se percibe en la calle.

Somos los partidos casi perdidos que terminamos remontando,
somos los que caen, pero se siguen levantando.

Somos un trapo que se despliega en una cancha,
Somos el ruido de las cadenas rotas de un pueblo que marcha.

Somos el Martín Fierro y Civilización y barbarie,
somos para muchos la contradicción más grande.

Somos todo lo ganado y todo lo perdido,
somos los más de 46 millones de argentinos

Los tiempos son inciertos, nos quieren divididos,
pero es lo nuestro los que nos mantiene siempre unidos.



Escritura

Por Jaqueline Marquez

Al principio
en el origen primero
era la palabra

Al principio
en el esplendor primero
era la palabra

Era la palabra
la posibilidad
de decir
de manifestar
de revelar

Al principio
era la palabra
era la posibilidad
de contar algo.

Al principio
era la palabra...

Al principio era
la búsqueda ancestral
de expresar.

Al principio
era la eterna pregunta.

Después
la escritura
al principio era la emoción.

Después
era el poema.

Al principio
era mi corazón
a ciegas.

Después
la escritura.

Y al final
la escritura.

De mi ser
de mi existencia.



Lluvia

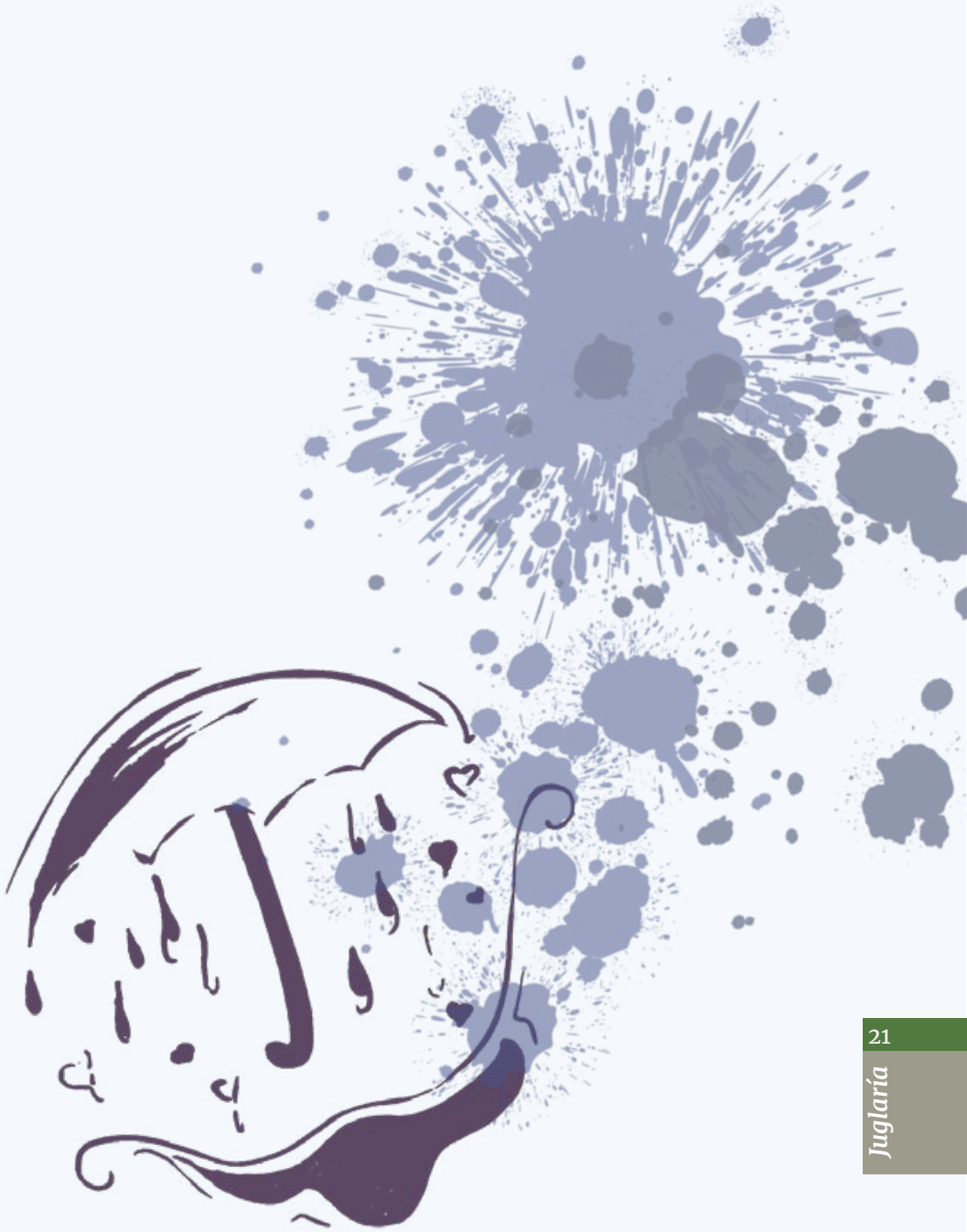
Por Natalia Germanovicz

Siento caer las gotas suaves,
sin prisa,
y mi corazón se agita
como queriendo ganar
en cada latido.

¿Será que está desesperado
y le corre al tiempo
para que no se detenga
en su continuo sufrir?

Siento caer las gotas,
en suave desliz por mi rostro
llegar a mis labios
y sentirlas así, tan frías...
Sabiendo que ya no es la lluvia que cae,
sino, una lágrima mía.

Para: Betita



La terminal

Por Neü Fabian

Sentado en la terminal,
con el boleto picado y media hora de sobra.
Me entretengo mirando como quién mira el llover.
Hay una chica cerca que mira para ambos lados.
Despacio, con algo de ansiedad,
pareciera estar buscando un rostro entre los demás.

Y entonces lo veo a él, viniendo de lejos. Corre.
Esquiva estorbos del camino, esquiva la gente,
con esa urgencia de quien no quiere llegar tarde a lo único que importa.



Los voy acercando en mi cabeza
sumando los segundos,
y empiezo a imaginar los años.
La espera.
Esa mirada que expresa...
¡Por fin te encontré después de tanto!,
Y un abrazo extendido, que se deben desde tiempo...
El tiempo sigue su curso.

Y no es el que yo inventé.
Él pasa a su lado sin verla.
Apurado. Es otro su destino.
Ella, mirando un cartel,
se cruza al lado contrario.

Nunca se rozaron.
Ni si quiera una mirada.
Cada uno siguió su viaje,
con su apuro, con su vida...
La única espera que se convirtió en historia fue la mía.
Sentado ahí, con media hora de sobra.

Palabras Vivas

Por Ravena Rodríguez Santino

Las palabras no están quietas.
Viven escondidas
Entre páginas amarillas,
En poemas olvidados,
En cuentos que alguien leyó una sola vez.
Y jamás pudo sacar del corazón.
Hay palabras que abrazan.
Otras que duelen
Como despedidas lentas
Pero todas dejan marcas.
Yo aprendí eso leyendo de noche,
Cuando el mundo dormía
Y las historias parecían más reales
Que mis propios pensamientos.
Entonces entendí
Que la literatura no es solo tinta:
Es memoria, Refugio, Preguntas,
Personas que siguen existiendo
Aunque el tiempo pase.
Y quizás por eso seguimos leyendo:
Para sentir que nunca estamos completamente
solos.





Te recuerdo

Por Hugo Sánchez

En el silencio ruidoso de los pasillos,
en la humorada risueña
de aquellas noches de lectura.

Extraño tu sonrisa cálida
y tu anotador de frases,
que guardabas como un tesoro,
y florecía, con cada ejemplo, en tus clases.

Esa libreta eterna,
de momentos mágicos,
de palabras de esperanza,
de historias y aventuras.

Te escucho, mientras pienso una clase.
Te siento, cuando releo a Cervantes,
o peregrino la biblioteca junto Adso de Melk.

Me emociona sentir que estás,
que cada metáfora revive historias compartidas.
Te fuiste un poco. Resuena tu voz.
Sigues siendo la musa de las ideas que escribo.
Te recuerdo, mujer que adoraba la noche.

Habitas las estrellas, la biblioteca, las aulas.
Vives en cada recuerdo.
y por siempre... en mi corazón.

Lector del Rendimiento

Por Elías Sosa



Amargo ajenjo es leer.
La miel es haber leído,
presumir de lo aprendido,
jerga culta comprender.

Me persigue esta, mi culpa,
el espectro de mi estante
empolvado, expectante
condena mi ocio, me inculpa.

¿Estaré leyendo bien?
¿Será este el autor correcto?
¿Voy muy rápido o muy lento?
Mis libros destilan hiel.

No me ocupé en la lectura.
¡Como fui tan holgazán!,
perezoso, haragán,
perdí el tiempo con holgura

Leer te hace superior
al resto de los mortales.
Es el gran vicio sin males,
todo lo otro es inferior.

Las hijas de la luna

Por Kiara Burkle

No cambió la historia, cambió el calendario,
mas vuelve el mismo duelo con su oscuro rosario.

La luna guarda intacto su antiguo relicario
y escribe en cada mujer el mismo itinerario.

Casandra vio las llamas devorando los altares,
y nadie oyó el temblor que anunciaban sus cantares.
Penélope tejía mucho más que una esperanza,
bordaba con sus manos la invisible templanza.

Andrómaca no llora solamente lo perdido;
lleva en el pecho un miedo que jamás se ha ido.
Teme traer al mundo una niña sin abrigo,
porque aún nace marcada por un destino impuesto y herido.

Le llaman sacrificio cuando es obediencia impuesta;
le llaman tradición para encubrir la respuesta.
La culpa cambia de nombre, pero jamás de propuesta,
y el verdugo siempre brinda mientras la víctima protesta.

Antígona sostuvo la verdad con firme empeño,
aunque la ley vistiera el más solemne diseño.
Prefirió perder la vida antes que perder su sueño,
porque jamás negocia la conciencia con el dueño.

Helena fue convertida en bandera de la guerra;
sobre su nombre descargaron la culpa de la tierra.
Mientras tanto, el verdadero culpable nunca se encierra:
la historia absuelve al fuerte y al débil lo destierra.

Las sirenas no cantaron prometiendo la condena;
cantaban porque el silencio les desgarraba la pena.
Quien jamás quiso escucharlas inventó su propia escena
y llamó monstruo a la voz que denunciaba su cadena.

Ariadna dio el hilo para vencer el laberinto;
después quedó olvidada en un distante recinto.
¡Cuántas manos levantaron el ajeno monumento
sin recibir otra herencia que polvo y sufrimiento!

Ellas fueron la memoria que la historia silenció;
las columnas invisibles que ningún libro escribió.
Mientras otros recibían la gloria que relució,
sus nombres quedaron donde el olvido venció.

A las hijas de la luna nos une un mismo sueño:
que nadie tema traer una niña al mundo.
Ellas encenderán constelaciones en el cielo

por todas aquellas que no han logrado tan grande anhelo.

Troya jamás fue ceniza ni Ítaca lejanía;
renacen cada mañana con dolor y rebeldía.
Vuelve a encenderse la llama que derrotó la agonía,
donde una mujer convierte su herida en poesía.

Cuentos



El barquito

Por Araujo Delaney

Soy un barco de papel, pero no cualquier papel. No siempre fui un barco de papel, mi historia va de mucho tiempo atrás. Verán, todo comenzó en el cuaderno de mi chico. Un estudiante en su último año de facultad a punto de recibirse. Yo esperaba ansioso que mis renglones sean escritos, pero el destino tenía otras cosas más interesantes para mí.

Mi chico se recibió antes de terminar el cuaderno. Finalmente fui olvidado en uno de esos cajones donde guardan tantas cosas que nadie usa. Mi mejor amigo era ese tornillo que su papá guardó alguna vez, pero que al final olvidó y se terminó oxidando. Entra las otras cosas que me acompañaban estaba la tarjeta de feliz cumpleaños de la abuela, no se callaba nunca, siempre cantando "que los cumplas feliz". El Nokia 1100 me caía bien, un tipazo, pero yo sentía que ese no era mi lugar. Yo merecía más.

Fue un día de vacaciones, la familia se reunía como todos los años a celebrar la navidad. Ese día, cuando el más pequeño y tímido de la familia abrió el cajón de las cosas olvidadas, ese día todo cambió. Se sentó en un rinconcito escondido de sus demás primos y con ceritas de colores comenzó a colorearme hasta que fui una hoja de papel multicolor.

Dobló mis esquinas y me convertí en...

¡Si! Un hermoso avión de papel, un avión que volaba por los cielos rozando la atmósfera. Bueno, quizá estoy exagerando un poco... Volé unos centímetros y finalmente me estrellé contra el piso, mi niño no tenía mucha fuerza para hacerme volar. Me desdobló y me llevó con un rostro conocido: mi antiguo chico, se notaba que él había crecido. Me dobló de forma más prolija y...

¡Ahora sí! Ajoy marineros. Ahora soy un barco de papel, soy el primero de toda la tripulación y las cosasno termina ahí. Al día siguiente, los chicos salieron al arroyo y mientras sus papás hacían un asado, mi niño me colocó en el agua con mis otros compañeros y lentamente nos alejamos.

Actualmente mi tripulación y yo, capitán de la flota de barcos arcoíris de papel, navegamos por todo el mundo buscando tesoros, aunque a veces nos confundimos con una botella que encontramos en el Río Paraná.

Quizás un día nos encontrás en la costanera en una de nuestras misiones ¿Qué esperás para unirte a nuestro viaje? Podríamos encontrar un nuevo continente... ¿Quién sabe lo que nos depara el destino? El mío me sorprendió de muchas formas. Fui una hoja, un avión y ahora... Siento que me espera mucho más.

Adiós marinero, es hora de zarpar.



Exilio en el espejo

Por Marcos Chiappe Gamarra

El tiempo me pisaba los talones. Entré al baño con la urgencia de quien sabe que camina sobre la cuerda floja; una ausencia injustificada pesaba sobre mi historial y el silencio de la oficina en los días previos me resultaba, cuanto menos, ominoso. ¿Me esperaría una carta de despido tras la puerta?

En medio de ese torbellino de ansiedad, un descuido: una mancha blanca de dentífrico aterrizó en mi camisa. Maldije entre dientes y me incliné hacia la ducha para alcanzar la toalla. Sin embargo, al erguirme frente al espejo para evaluar el daño, el mundo se fracturó.

Mi reflejo carecía de mancha. Sus manos, vacías, no sostenían toalla alguna; ni siquiera se había alejado del espejo. Me observó de arriba abajo con una frialdad que me heló la sangre, mientras yo, atónito, dejaba caer la toalla al suelo. Aquel otro emanaba una serenidad triunfal, casi obscena. Sin mediar palabra, me dio la espalda y se marchó a cumplir con mi jornada, dejándome varado en un vacío absoluto, pues más allá del marco del espejo, el universo había dejado de existir.



Hasta conseguirlo

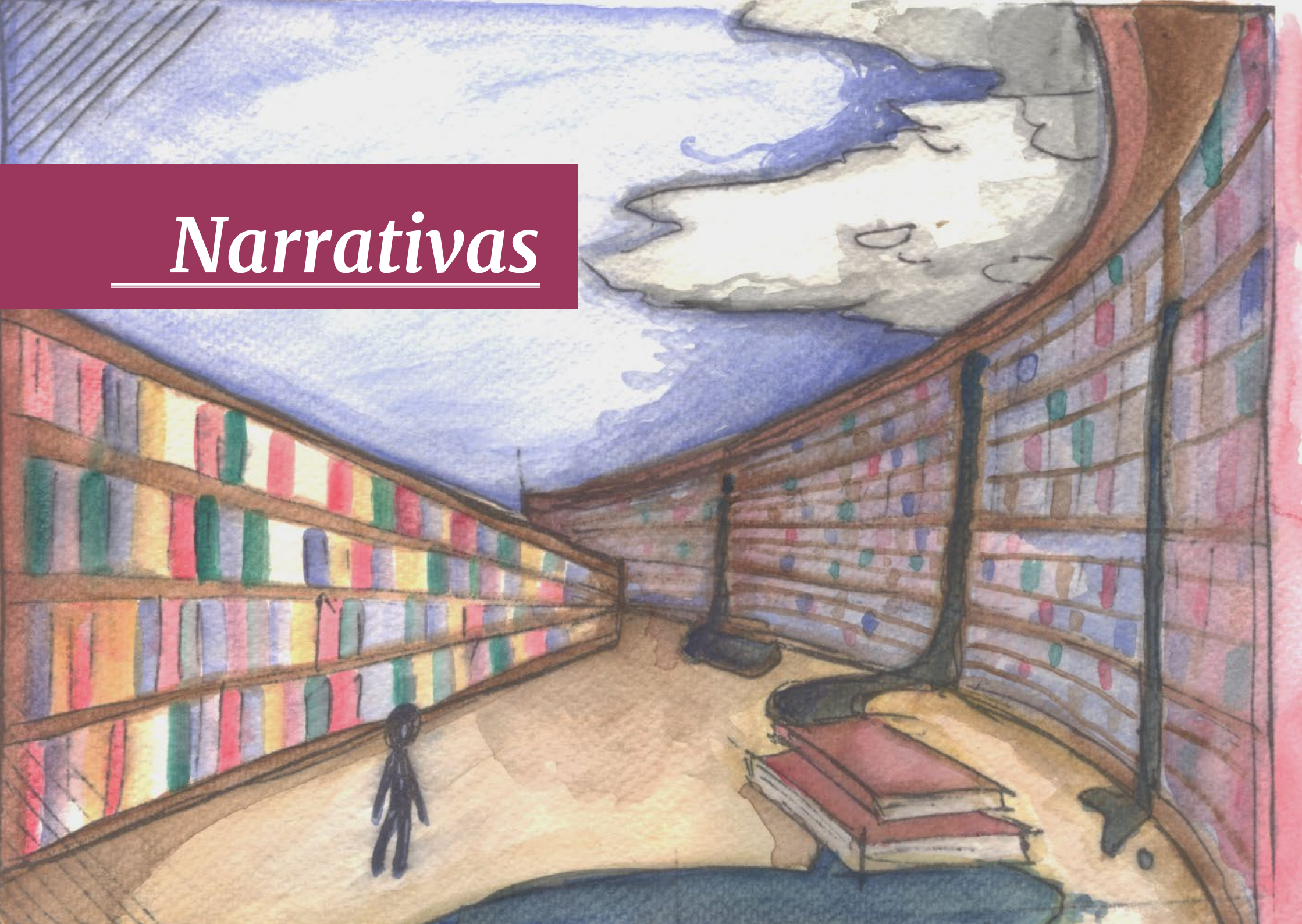
Por Poje Macarena Itatí

“Algún día vas a poder” es una frase que he escuchado infinidad de veces y en muchas circunstancias diversas. Cuando no logré salir abanderada, cuando no obtuve el reconocimiento que hubiera querido como dibujante o por las múltiples personas que decían que mi voz no era lo suficientemente “linda” para cantar.

Muchas veces recuerdo a esa niña inocente del mundo, que solía tener más dudas que respuestas. Como cuando trataba de trepar el gomero en la casa de mi abuela para jugar con mis primos y no me dejaban por “ser muy chica”. Oh, cuánto deseé que llegara el día en el que me hiciera mayor para poder hacer todo lo que quería, sin darme cuenta que nadie llega a la vida de un día para el otro sabiendo todo. Debemos pasar por todos estos procesos: encontramos algo que nos interesa, lo intentamos, nos caemos y seguimos cayendo. Pero está en nosotros decidir si continuamos o no por ese camino.

Es por eso que, estando ahora aquí ahora, sentada en las aulas de esta facultad, compartiendo tiempo con amigos y profesores, es que me pongo a pensar y me doy cuenta de que tan importante son esas simples palabras, porque, aunque lo creas o no en el momento en el que te lo dicen, te queda grabado, te da esperanzas en seguir adelante. Y lo más importante de todo, te da un PROPÓSITO; porque pueden faltar muchas cosas en la vida, pero si no tenés un propósito con el cual impulsarse en salir adelante y mejorar, es muy probable que no lo consigas. Y así, como esa niña pequeña e inocente del pasado, yo continuaré intentando, porque algún día voy a poder.

Narrativas



Entre el papel, la pluma y el corrector

Por Lourdes Beatriz Cabrera

Era el mediodía de un 30 de agosto cuando Eugenia decidió sentarse a escribir acerca de su propio proceso de escritura. Frente a ella, el papel en blanco parecía esperarla. Una idea, otra idea y una más navegaban por sus pensamientos. Tomó la pluma y comenzó a escribir.

Al principio, las palabras aparecían lentamente. Eugenia escribía una frase, la leía y volvía sobre ella. Tachaba una palabra, agregaba otra y continuaba. De repente, cual alfarero cuando comienza a moldear el barro, las líneas iban tomando forma. Primero, privilegiaba las ideas que quería que estuvieran presentes y, después, agregaba palabras que la ayudaran a lograr un moldeado perfecto.

Poco a poco, el entramado de ideas se iba plasmando en el papel. Como el barro que el alfarero moldea hasta convertirlo en un bello recipiente, el texto necesitaba horas de trabajo, esfuerzo y dedicación para encontrar su forma.

Ahora Eugenia se enfrentaba a la tarea más difícil: llevarlo al horno para que tomara una forma firme y consistente. Dejó la pluma a un lado y esperó. Luego de unas horas, regresó a su escrito. Lo leyó nuevamente. Algo no encajaba. Una frase desapareció; otra cambió de lugar. Era momento de reescribir, de agregar detalles, de darle color y creatividad a aquello que había proyectado en su mente.

Entonces entró en acción su fiel compañero: el corrector, que más que para borrar, servía para mejorar lo que quería contar.

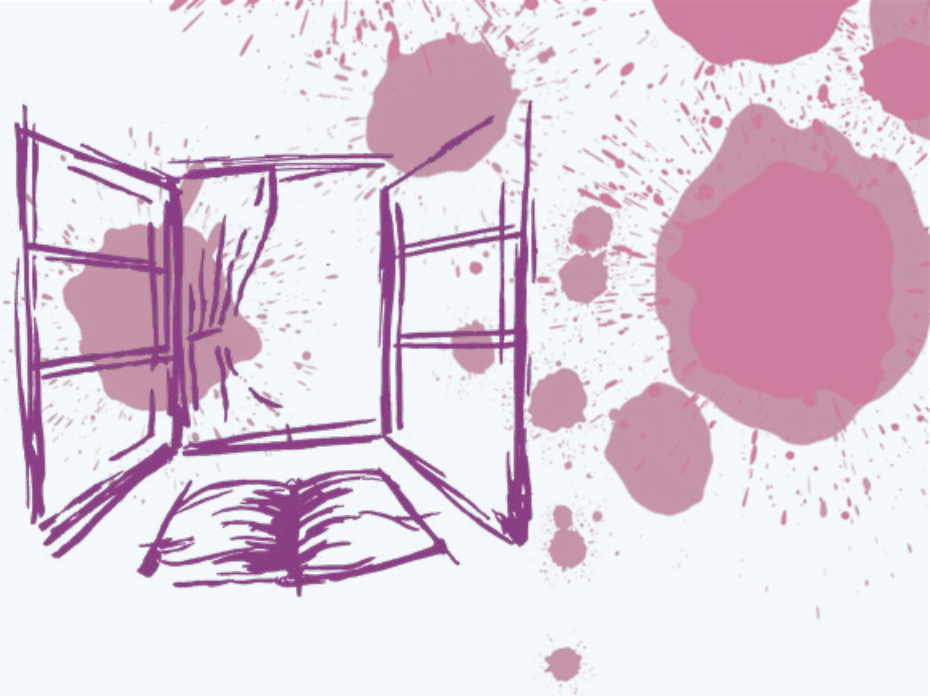
Eugenia comprendió que escribir también era avanzar, retroceder, quedarse estancada por minutos, horas o días y volver a empezar. Como el alfarero que moldea una y otra vez el barro, ella debía volver sobre sus palabras.

En ese recorrido de ir y venir, el papel, la pluma y el corrector permanecían en constante sintonía con su escritora, esperando que, una vez más, decidiera “arreglar o cambiar algo”.



Disculpe profe, las gallinas
La historia de Ana Lucía

Por Alejandro Tomás Neris Acosta



Transcurría el mes de mayo del año 2020, en pleno aislamiento por la pandemia del COVID-19. Los docentes tuvimos que hacernos varias preguntas: ¿cómo hacer para que los estudiantes puedan continuar sus estudios?, ¿cómo hacer para que los docentes podamos seguir enseñando?, ¿cómo sostener la asistencia y permanencia en el sistema educativo? Ante estos planteos y dilemas, aparecieron muchas voces, caminos, propuestas e ideas; algunas de las más variadas, útiles y prácticas, y otras desorbitantes e incluso ridículas.

Ana Lucía estudiaba para ser profesora. Vivía en Colonia Alberdi, Misiones, en la chacra, a 110 km de la capital provincial. No vivía en la zona urbana y esto dificultaba mucho la movilidad y la posibilidad de conectarse a internet para tener las clases de manera virtual sincrónica. Pero a Ana Lucía nunca se la escuchó reclamar, quejarse o renegar de la situación. Los días lunes o viernes por la tarde; eran los días en que ella podía ir hasta el pueblo, a la casa de una tía, para usar internet, descargar las clases y actividades, y subir los trabajos ya realizados.

Algunas veces era en la casa de su tía que vivía en la zona urbana, a 15 km de su casa; otras, sobre la ruta principal, a unos 5 km, en un autoservicio de combustible que le prestaba internet para poder hacer sus tareas, a donde la mayoría de las veces iba caminando o en bicicleta.Era la estudiante que más cumplía, estaba al día con las clases y actividades.

Cuando llegaron las fechas de los exámenes finales, consiguió un espacio en la casa de unos vecinos que tenían internet. Su papá la acompañó y la ayudó a preparar el lugar. Cuando logró conectarse, muy temprano por la mañana de un 3 de diciembre de 2020, estaba sentada frente a su computadora, bien peinada, arreglada con una modesta camisa y con los ojos encendidos y llenos de ansiedad y expectativas. De fondo, una tela blanca -que se notaba que cubría una parte del galpón de tabaco- dejaba entrever los sonidos de la naturaleza: pájaros, gallinas, chanchos y algunas pocas conversaciones a lo lejos, como si se cuidaran por no molestar.

Sentí mucha emoción; tuve deseos de llorar, lo confieso. Ella estaba allí. Seguramente ese día tuvo que levantarse mucho más temprano con su papá para ir a adecuar el lugar y esperar, rezando para poder conectarse y rendir su examen de Pedagogía. Ella estaba ahí, puso el cuerpo, no se rindió.Finalmente llegó su turno, encendió su cámara y lo primero que hizo fue disculparse por las condiciones en que se encontraba y por si escuchábamos sonidos extraños.

“Nada que disculpar, Ana Lucía, gracias a vos por estar y esperar”. Con un nudo en la garganta, fue lo único que pude expresarle a esa estudiante que estaba allí, virtualmente presente, esperando su momento para rendir su primer examen final de la carrera, ¡y en tan compleja situación!

Transcurridos unos minutos de su examen y en medio de su exposición, repentinamente saltó una gallina sobre su mesa, posicionándose por unos segundos frente a la cámara. Ana Lucía rápidamente retiró al animal y, sonrojada y con mucha vergüenza, nos pidió disculpas: “Disculpe profe, las gallinas”. Espontáneamente nos reímos entre todos y disfrutamos del momento. Para distender la situación, se me ocurrió decirle: “Ana Lucía, ¿esa es la gallina que me vas a traer la próxima vez que nos veamos acá en Posadas?”. Nos reímos todos y logramos cambiar, por unos minutos, la situación de nervios y ansiedad que podía estar experimentando.

Ana Lucía culminó su examen. Fue realmente muy lindo y gratificante escucharla; con todas las limitaciones que pudo haber experimentado, se animó a enfrentarlas y superarlas. Puso el cuerpo, su mente y su corazón. Seguramente habrá pasado por sus crisis personales, como muchos estudiantes en este tiempo en el que algunos, incluso, decidieron abandonar sus carreras, otros continuar y otros postergar.

Ana Lucía, ese día, me ayudó a ser mejor profesor. Reestructuré varias propuestas, me obligó a posicionarme desde otros lugares posibles y dejé de reclamar y quejarme. Me cuestionó y logró despertar mi empatía: ver a muchos estudiantes en la misma situación que ella e intentar tomar decisiones, no únicamente desde mí mismo, sino también desde el otro, presente, viviente, con sus necesidades; un ser que me cuestiona y me moviliza. Su otredad me interpela, me duele y no puedo ignorarla.

¡Gracias, Ana Lucía, por quedarte y seguir!



Entre voces y aprendizajes: una experiencia en el Mbojere Cultural

Por Ortiz Gabriela Magdalena

Participar del proyecto Mbojere Cultural significó para mí transitar una experiencia nueva, desafiante y, sobre todo, enriquecedora. Fue una propuesta que me permitió salir de los espacios habituales de formación y descubrir otras maneras de aprender, de construir junto a otros y de comprender el valor del trabajo interdisciplinario.

Era la primera vez que participaba de un proyecto con estas características. Al comienzo, comprender la consigna propuesta por el grupo organizador no fue sencillo. A esto se sumaron la elección del tema, la distribución de roles y la necesidad de encontrar una manera de articular las diferentes miradas y disciplinas que formaban parte del proyecto. Sin embargo, esas primeras dificultades fueron dando lugar, poco a poco, a un proceso de construcción colectiva.

Uno de los aprendizajes más significativos fue descubrir que trabajar con otros no significa simplemente repartir tareas. Implica escuchar, ceder, proponer, aceptar otras perspectivas y encontrar puntos de encuentro. En nuestro grupo, cada integrante pudo aportar desde sus conocimientos y experiencias, sin que una mirada se impusiera sobre otra. Esa posibilidad de construir desde la diversidad permitió que cada disciplina encontrara su lugar y que el proyecto adquiriera una identidad propia.

También aprendimos a organizarnos. Al principio, coordinar horarios para reunirnos y avanzar con las tareas parecía una dificultad difícil de resolver. Sin embargo, con el paso de los días fuimos estableciendo acuerdos y encontrando estrategias que nos permitieron avanzar. En ese recorrido comprendí que muchos proyectos no se construyen de manera lineal ya que requieren tiempo, diálogo, paciencia y, principalmente, compromiso.

Uno de los momentos que más disfruté fue la exposición presencial realizada en el auditorium. Hablar frente a otras personas es una actividad que siempre me ha gustado y para la cual me siento predispuesta. Sin embargo, esta experiencia tuvo algo diferente: no se trataba solamente de hablar, sino de representar y compartir el trabajo que habíamos construido entre todos. Estar frente a un auditorio numeroso me permitió poner a prueba mis propias habilidades, fortalecer mi seguridad y confiar un poco más en mi voz.

Al finalizar el proyecto, comprendí que Mbojere Cultural no fue solamente una actividad académica. Fue también una experiencia de encuentro. Me permitió aprender de otros y reconocer mis propias capacidades. Como futura docente, considero que esta experiencia adquiere un valor especial, porque enseñar también implica construir con otros, escuchar diferentes voces, comunicarnos y aprender continuamente.

Quizás uno de los mayores aprendizajes haya sido comprender que, cuando las voces se encuentran el resultado puede ser mucho más enriquecedor que aquello que podríamos construir de manera individual.



Dónde las páginas aprendieron a latir

Por Segovia Patricia

Cada comienzo de ciclo lectivo, me hago la misma pregunta: cómo logro que mis alumnos descubran que leer puede ser un placer y no solo una obligación escolar. A lo largo de mi trayectoria docente comprendí que formar lectores implica mucho más que enseñar a comprender un texto. Significa ofrecer oportunidades caras para que cada uno de ellos encuentre una historia capaz de emocionar, interpelar o hacerlos viajar con la imaginación.

Muchos años, observé que algunos de mis alumnos asociaban la lectura con evaluaciones, resúmenes y actividades obligatorias. Sin embargo, también veía otros que disfrutaban con la lectura y muchas veces no encontraban en la institución el espacio para seguir alimentando ese gusto. Entonces con ellos, decidí a replantear mis prácticas. Salir de los estándares tradicionales y presentar un abanico de posibilidades lectoras. Mi propósito era simple, que cada estudiante pudiera descubrir el libro que conectara con sus intereses.

El principal desafío fue vencer la resistencia de quiénes repetían, leer es aburrido. En lugar de imponer un único libro para todos, opté por crear una biblioteca circular en el aula utilizando mis propios libros. Quise rescatar el valor del libro físico, ese objeto que se toca, se hojea, se presta y deja huellas en quien lo lee.

Cada estudiante al pasar a exponer su libro, podía captar la atención de sus compañeros. Me emocionaba ver el brillo de sus rostros cuando encontraban una historia que los atrapaba. Las comparaciones entre obras, los conflictos.

Esa experiencia me permitió comprender que muchas veces el problema no era la lectura, sino que no había llegado a sus manos el libro correcto. Como docente aprendí que ofrecer la libertad de elección no significa renunciar a enseñar, sino a ampliar las posibilidades para que cada estudiante construya un vínculo personal con cada obra literaria. La lectura debe ser un espacio de disfrute y una puerta abierta para ir a explorar mundos diversos más allá de las propuestas obligatorias del programa.

La experiencia también fue un ejercicio de autoevaluación porque me permitió revisar mis decisiones pedagógicas y confirmar que escuchar los intereses de los estudiantes favorece aprendizajes significativos. Cada experiencia compartida nos enseña nuevas maneras de acercar la literatura a nuestros alumnos. Por eso considero valioso considero sumamente valioso socializar estas prácticas con otros colegas, convencida de que el intercambio enriquece nuestras propuestas y fortalece la comunidad educativa.

Hoy, cuando pienso en mi recorrido docente, deseo que mis estudiantes no solo me recuerden las obras que leyeron, sino una profesora que les mostró que la lectura no era aburrida, que existía un libro para cada lector y que, al abrir sus páginas, siempre era posible descubrir un mundo nuevo. Ese, para mí, seguirá siendo uno de los logros más valiosos de enseñar.





Ensayos

La caja de Pandora: escritura mestiza

Por Benitez Estela Marys

La irrupción de la inteligencia artificial generativa en la vida académica y cultural me hace pensar en la apertura de la caja de Pandora. Una vez abierta, ya no es posible volver atrás: múltiples fuerzas, esperanzas, temores, promesas y riesgos, se liberan y obligan a repensar las prácticas docentes en relación con el proceso de escritura. Como docente de Lengua y Literatura me pregunto ¿Los docentes estamos preparados para construir una cultura letrada desde el mestizaje? Para responder a esta pregunta considero necesario reponer en qué sentido uso el término mestizaje. Según la Rae: "es el resultado de una mezcla". Llevado al escenario de la escritura estoy hablando de un entramado complejo en el que hoy confluyen voces humanas y algorítmicas.

Observo en las aulas, cómo los futuros profesores de lengua y literatura conviven con naturalidad con esta novedad, ya no conciben la escritura como un acto solitario. Sin embargo, tampoco asumen una posición firme con respecto al ensamblaje o como prefiero llamarlo en este escrito mestizaje. Este último término en palabras de Floridi (2023) es el resultado de interacciones humanas con la inteligencia artificial generativa. La escritura como mestizaje propone una colaboración entre la persona y el algoritmo. El humano piensa antes las ideas y las amplía con IAG, carga la base de conocimiento, supervisa el proceso, lee, indaga, investiga, se informa, y valida o contrasta lo generado.

En relación con el producto híbrido, me interpela la posibilidad de la homogeneización discursiva, la pérdida de la singularidad, la reproducción de sesgos, pero también la oportunidad de potenciar la creatividad, ensayar nuevas formas de autoría y abrir la enseñanza a un horizonte distinto. El desafío pedagógico consiste en indagar la caja, en explorar lo que ya está entre nosotros y en aprender a dialogar críticamente con ello. Tal como lo plantea Daniel Cassany (1999), escribir no es una destreza técnica, sino una práctica social y cultural, una forma de participar en comunidades discursivas. Esta concepción resulta pertinente para pensar el presente, porque recuerda que la escritura nunca es fija, cambia con el tiempo y con las tecnologías que median la producción textual. Cada época imprime su huella en la manera de producir textos.

En la actualidad, los estudiantes ya no escriben solos, lo hacen con plataformas que sugieren frases, proponen estructuras o incluso elaboran textos completos. En ese diálogo se juega la tensión entre aceptar lo que la máquina ofrece o reelaborarlo desde una voz singular. La caja de Pandora, en este caso, no clausura la escritura, sino que la multiplica, cada borrador generado por inteligencia artificial abre nuevas sendas de interpretación y reescritura. En este sentido Luciano Floridi (2014) ofrece una clave conceptual poderosa para comprender este fenómeno al señalar que vivimos en un ecosistema en el que lo humano y lo artificial ya no pueden pensarse por separado. La escritura, en este marco, no puede concebirse como producto individual. Todo texto es resultado de múltiples agencias: el escritor, sus lecturas previas, el dispositivo, el algoritmo y el contexto institucional. La caja de Pandora, una vez abierta, muestra que la autoría nunca fue pura, sino mestiza; lo que cambia ahora es la visibilidad de esos procesos de colaboración. Esta perspectiva coincide con la noción de intertextualidad, Cassany (2006) afirma que: "escribir siempre implica reelaborar voces ajenas" (p.334).

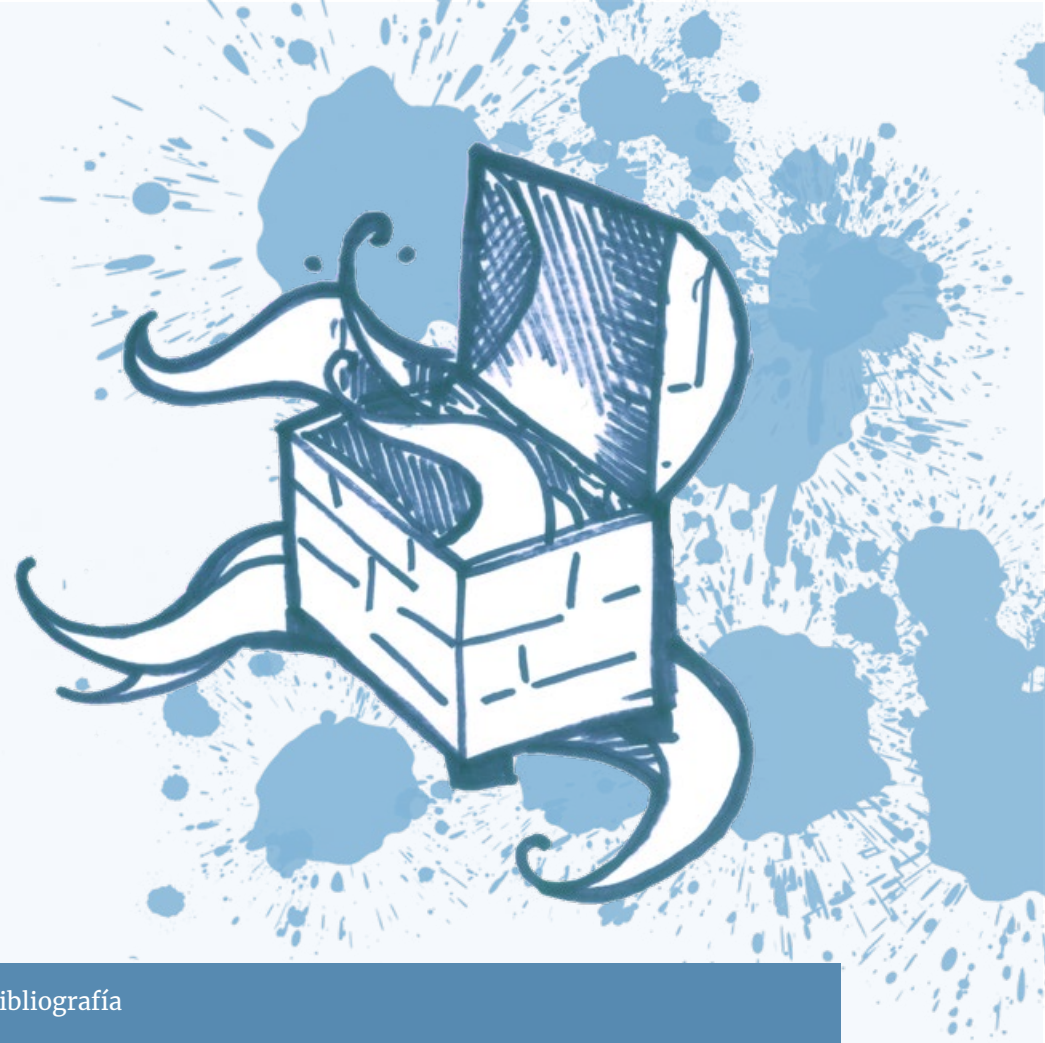
La inteligencia artificial no hace más que radicalizar esa condición, ya que devuelve fragmentos que condensan millones de huellas discursivas previas. La tarea del escritor humano, consiste en decidir qué conservar, qué transformar y cómo imprimirle sentido a ese material. Entonces me vuelvo a preguntar ¿Quién pensó el texto? La originalidad ya no reside en inventar desde cero, sino en ejercer un criterio propio en medio de la abundancia. La caja de Pandora no contiene un sustituto de la creatividad, sino un reservorio de posibilidades que exige discernimiento. Si todos recurrimos a los mismos sistemas, corremos el peligro de que

nuestras producciones se vuelvan previsibles ¿Estamos ante la muerte de la singularidad?

En relación con lo dicho antes, Floridi (2013) advierte que la inteligencia artificial no es neutral, puesto que, refleja estructuras de poder y decisiones de diseño. Por eso, la alfabetización no es solo técnica, sino también ética. No alcanza con enseñar a usar la inteligencia artificial, hay que enseñar a cuestionar sus sesgos, a identificar sus límites y a actuar con responsabilidad. Abrir la caja exige formar sujetos capaces de sostener la esperanza porque también allí se esconde, la posibilidad de usar estas herramientas de manera crítica, creativa y justa.

En este escenario, el rol docente ya no puede reducirse al de guardián que vigila plagios. Somos mediadores en la relación entre los estudiantes y las tecnologías de escritura. Eso implica diseñar consignas que no puedan resolverse mecánicamente, que exijan interpretación, argumentación y creatividad. También exige habilitar espacios de reflexión donde los estudiantes expliciten qué decisiones tomaron al interactuar con la inteligencia artificial y cómo justifican esas elecciones. En este sentido, prohibir es contraproducente, nuestro compromiso es enseñar a mantener una voz singular en medio de un coro algorítmico.

En el mito que funciona como eje principal de este ensayo, el último elemento que queda en la caja es la esperanza. En la escritura con inteligencia artificial, esa esperanza es la originalidad. Floridi (2014) sostiene que la máquina no reemplaza la agencia humana, sino que reconfigura el escenario en el que actuamos. La clave está en no aceptar pasivamente las propuestas algorítmicas, sino en usarlas para expandir el horizonte del lenguaje. El resultado será siempre más rico si se asume a la máquina como colaborador imperfecto. En ese gesto reside la esperanza, no la de clausurar la escritura humana, sino la de reinventarla. Lo que importa es construir sentidos, habilitar diálogos y favorecer la reflexión humana. Como docentes, nuestra responsabilidad es enseñar a habitar esa frontera movediza, a reconocer los riesgos sin negar las oportunidades, a ensayar nuevas formas de autoría. Abrir la caja no es el final de la escritura, sino el inicio de su nueva metamorfosis.



Bibliografía

Cassany, D. (1999). Construir la escritura. Paidós.

Cassany, D. (2006). Tras las líneas: Sobre la lectura contemporánea. Anagrama.

Floridi, L. (2013). The ethics of information. Oxford University Press.

Floridi, L. (2014). The 4th revolution: How the infosphere is reshaping human reality. Oxford University Press.

¿Qué papel juegan las emociones durante el proceso de aprendizaje?

Por Aquino Marco

"Educar la mente sin educar el corazón no es educar en absoluto." — Aristóteles

El Taekwondo, arte marcial proveniente de Corea, me ha permitido a lo largo de una década poder observar fuertes instancias de aprendizaje, tales como exámenes, torneos, o entrenamientos cotidianos. Esta observación comenzó a potenciarse en mí desde que comencé a desenvolverme en el rol de instructor. El prisma de quien está de pie delante de un grupo de niños y adolescentes, junto con la evolución como persona y la madurez propia de la vida, permiten el desarrollo, y yo lo llamo así, de un sexto sentido: decodificar las emociones.

Cuando veo a un niño llorar, a un joven con la mirada perdida en las gradas, y tantos otros casos que podría mencionar, me empecé a cuestionar: ¿es provechoso toda esta situación para ellos?, ¿están aprendiendo algo realmente?

La respuesta es más sencilla de lo que parece: ¡por supuesto que aprenden!, y también es provechoso. Ahora bien, puede darse el efecto contrario y pueden aprender de manera incorrecta. En ese sentido, observamos cómo el árbol de la vida empieza a crecer torcido, de manera inclinada, y si no ponemos un palo o estaca a tiempo para corregir el rumbo, será cada vez más difícil, hasta el punto de ser imposible, enderezar el árbol.

La dimensión emocional del ser humano la observamos no solamente en los ámbitos educativos formales, sino también en los no formales. Tomando la definición que da J. Sarramona (2000) acerca de ello, dice que: "La educación no formal tiene también las características de sistematismo e intencionalidad explícita, pero las acreditaciones académicas que de ella se derivan no tienen reconocimiento oficial" (p. 15)

Tantos los institutos educativos, como los centros de enseñanza de saberes, lenguas, deportes, etc., así como también las familias, se encuentran ante el desafío de poder complementar el aprendizaje de los saberes cognitivos con el proceso de desarrollo vital, poniendo el foco no únicamente en el saber sino también en el ser y el sentir.

En nuestra provincia de Misiones, en el año 2018, se sancionó la Ley VI N° 209 de educación emocional, que reconoce la necesidad de abordar la dimensión socio-afectiva y la educación emocional en las escuelas de la provincia. En ella, en su artículo N° 2, se define a la misma educación emocional como "el proceso de enseñanza y aprendizaje de las habilidades y competencias emocionales y sociales... Teniendo como objetivo general el logro del bienestar general del sujeto y el alcance de las habilidades socio-emocionales necesarias para ello" (Rebollo y Baukloh, 2019: p.10)

Antes que nada, es conveniente comprender qué son las emociones, y que los sentimientos. Tomaré las definiciones de la autora Fox Sonia (2017), quien dice lo siguiente acerca de las emociones: "Desde una perspectiva neurobiológica y evolutiva, las emociones son conductas y pensamientos que son disparadas en ciertas situaciones reales o imaginarias. Son manifestaciones físicas de nuestras reacciones a algo que nos causa atracción o rechazo" (p. 113)

Y en cuanto a los sentimientos, conceptúa: "Son respuestas emocionales aprendidas que se desarrollan a lo largo de la vida y emergen durante los 18 y 24 meses de vida, su expresión varía con la cultura y el contexto histórico social" (Fox, 2017: 115)

En definitiva, las emociones son lo que sentimos interiormente frente a determinado suceso, mientras que los sentimientos son la respuesta física que se va a ir desarrollando. Y es justamente aquí donde entra lo que conocemos como la neurociencia, que es "un conjunto de disciplinas científicas que se dedican a estudiar el sistema nervioso de manera integral, con el fin de acercarse a la comprensión e interpretación de los mecanismos que regulan el control de las reacciones nerviosas y, asimismo, del comportamiento del cerebro teniendo en cuenta sus mecanismos" (Rebollo y Baukloh, 2019: 58)

Después del último torneo regional de Taekwondo ITF a los que asistieron los alumnos de mi academia, realicé algunas encuestas entre los competidores para dar soporte a mi hipótesis. En líneas generales, en los niños y niñas más pequeños, en edades de entre 7 y 11 años, la mitad de los encuestados (antes de competir) estaban emocionalmente con miedo, mientras que la otra mitad estaba alegre.

Por otro lado, entre adolescentes de entre 12 y 17 años, se ve otra clase de reacciones, en aquellos competidores con más experiencia, es decir, más campeonatos a sus espaldas, se nota una mayor tranquilidad, pero no solo eso, sino también una gran motivación. Pero, en cuanto a los adolescentes no tan experimentados siguen sintiendo miedo en las instancias previas a la competencia.

Ahora bien, ¿de qué manera afectan las emociones a la persona? Para responder a esto, nos remitiremos a Daniel Golleman (1996), quien afirma: "Todas las emociones son, en esencia, impulsos que nos llevan a actuar, programas de reacción automática con los que nos ha dotado la evolución", sugiriendo de este modo que en toda emoción hay implícita una tendencia a una acción, y que cada emoción predispone una manera distinta de actuar frente al momento (p. 10)

Con el paso del tiempo, el ser humano ha ido evolucionando en diversos aspectos, entre ellos, en cómo percibe su entorno dependiendo de la interacción social que pueda tener. Un ambiente equilibrado y motivador proporciona a los estudiantes un mejor espacio para absorber los saberes.

Otra de las preguntas clave que se hizo en las encuestas fue "¿Crees que se aprende de la misma manera en el entrenamiento y en la competencia?". Tomando en cuenta muchas aristas propias del torneo; exceso de ruido, cantidad de personas mirando, jornada de muchas horas, por mencionar solo algunas. Todas ellas, hacen que el rendimiento de los atletas más talentosos, en las competencias, sea muy distinto al de los entrenamientos, llegando al punto de resultar inesperados.

Lorenzo Luzuriaga (1984) habla acerca de los fines de la educación separándolos en: trascendentes -aquellos que están por fuera de la singularidad de la persona-, y los inmanentes -cuales la hacer ser-. (p. 115)

Habiendo analizado todo lo anterior, estamos en posición de encapsular a las emociones de la persona junto a los fines inmanentes. Y, es más, podríamos incluirlo como un sexto fin de la educación, ¿si no educamos nuestras emociones, o no sabemos reconocerlas en nosotros mismos, se puede dar el aprendizaje?, ¿si no podemos reconocer las emociones en el otro, como habrá convivencia social?

Por décadas, se ha evitado e incluso silenciado hablar sobre este tema (sigue siendo un tema "tabú"). Las consecuencias fueron devastadoras, sobre todo para las familias: padres que no entendían a sus hijos, el bullyng en las escuelas, prejuicios sin argumentos, violencia verbal y física, y así podríamos seguir nombrando un sinfín de efectos negativos por lo tarde que se llegó a profundizar este tema.

Si alguien nos pregunta entonces ¿Qué papel juegan las emociones en el aprendizaje? Me gustaría dar tres connotaciones para responder a dicha pregunta. La primera es que son una fuente para aprender, ya que, en base a ellas, somos capaces de conocer qué es lo que nos gusta, qué es lo nos motiva y, por consiguiente, lo que no también. Además, son un medio educativo, ya que nuestro estado emocional nos empujará a buscar más allá de lo que conocemos. Y, por último, son un condicionante, ya que dependiendo de cómo nos encontremos en determinado momento, o las condiciones que se encuentra el lugar, condicionará la forma en la que aprendemos.

Gracias a que en las últimas décadas este tema tomó la fuerza con la que se merece ser tratado, poco a poco, la convivencia social, el aprendizaje auténtico y la empatía comunitaria, comenzarán a aflorar en la humanidad.

Bibliografía

Sarramona J. 2000. Teoría de la Educación: Ariel.

Baucklo R. y Rebollo K (Comp.). 2019. Aportes Pedagógicos Orientadores. Posadas: Editorial de las Misiones

Goleman D. 1996. Inteligencia Emocional. Barcelona: Kairós

Luzuriaga L. 1984. Pedagogía. Buenos Aires: Losada

Fox S. 2017. Propuestas de educación emocional para el aula. Buenos Aires: Aique.



El derecho a leer y escribir: una defensa de la educación y la cultura

Por Banffi Antonella

La efectiva garantía del derecho a la lectura y la escritura en la sociedad contemporánea trasciende la mera alfabetización funcional y exige una acción social y estatal que asegure la disponibilidad real de libros y espacios simbólicos. Nos encontramos ante una paradoja inquietante, habitamos una sociedad que pondera discursivamente la importancia de leer, pero que, simultáneamente, restringe el acceso material a la cultura escrita y limita las oportunidades para el desarrollo de un pensamiento crítico. Desde mi perspectiva como estudiante argentina, inserta en un contexto socioeconómico vigente complejo, considero que el acceso a la educación y a la literatura se vuelve un campo de batalla frente a las dificultades actuales que atraviesa la educación pública. Cuando las decisiones gubernamentales respecto al financiamiento educativo generan incertidumbre, la formación crítica a través de la palabra no solo es un derecho, sino un acto de defensa del conocimiento y de la identidad nacional.

Este derecho fundamental comienza con el reconocimiento de la riqueza que cada sujeto trae consigo, un bagaje personal de nanas, relatos y sonidos de la infancia que constituyen el piso de nuestra identidad (Cerillo, 2016). Alfabetizar no es simplemente enseñar a unir letras para formar palabras. Es distribuir saberes centrales para una inclusión social igualitaria que permita a los sujetos salir de la masificación del mercado y superar el miedo a lo complejo. La escuela tiene la misión histórica de ser el agente que achique esas diferencias injustas, para validar el imaginario personal de cada estudiante y proveer textos diversos que no se limiten a lo útil o instrumental. La lectura debe ser entendida como una construcción colectiva y permanente, “sin las palabras, sin los textos, es imposible entender el amor, la tristeza, la alegría o la amistad, es decir la vida” (Cerrillo, 2016, p.18).

Sin embargo, el camino hacia la formación de lectores competentes se ve amenazado por políticas que privilegian la información superficial sobre el conocimiento estructurado. Voces vinculadas a organismos internacionales han llegado a sugerir que en tiempos de crisis se debe "trabajar más y pensar menos", una postura que busca formar consumidores antes que ciudadanos críticos. Frente a esto, es imperativo defender espacios de privacidad y autonomía donde la literatura sea una práctica cotidiana y no una mera obligación escolar. Como habitante de un país donde la cultura a menudo sufre por presupuestos mínimos, entiendo que la lectura debe ser un derecho cultural que contribuya a la democratización de la sociedad, permitiendo a cada cual construirse desde su espacio íntimo.

Un pensamiento frecuente sostiene que en la era digital la enseñanza profunda de la lectura es secundaria, ya que basta con el dominio mecánico de herramientas tecnológicas para insertarse en el mercado laboral. Quienes sostienen esta visión afirman que la inmersión espontánea en internet garantiza la alfabetización necesaria. No obstante, esta postura ignora el surgimiento del "neoanalfabetismo", los neoanalfabetos son hombres o mujeres que, sabiendo leer y escribir, no leen ni escriben. Son aquellas personas que, habiendo asistido al mundo de la escuela, del colegio y de la universidad, pierden la habilidad para leer y para transmitir lo que piensan a través de un escrito o de un papel impregnado de futuro (Pedro Salinas). La lectura instrumental por sí sola no conduce a la sabiduría, esta requiere de un proceso complejo de comparación y oposición de contrarios que solo el contacto con la literatura y la filosofía puede brindar.

La lectura y escritura son destrezas que cerebralmente están disociadas. La escritura es un proceso cognitivo en el que se producen sentidos mediante la selección y el orden de la información, permitiendo que las ideas propias se formulen de manera clara. Se trata de una tarea compleja que nos obliga a considerar siempre a quién le estamos hablando y para qué lo hacemos, logrando que el texto tenga un significado real y no sea una simple copia de palabras (Cerillo, 2016)

En este camino, escribir en el aula funciona como una estrategia clave para que los alumnos desarrollen una actitud analítica y mejoren su comprensión de lo que leen. A diferencia del habla común, el lenguaje escrito utiliza recursos como la metáfora y ritmos específicos que nos permiten construir mundos propios. Al fijar nuestros pensamientos en un soporte, ya sea papel o digital, estamos activando una especie de "seguro de eternidad" que permite que nuestros sentimientos trascienden el presente y lleguen a muchísimas personas en distintos tiempos y culturas.

En conclusión, el derecho a leer y escribir es tomar la palabra y participar activamente en la construcción de la cultura. Reafirmo mi postura de que sólo mediante políticas públicas que garanticen la presencia física de los libros y respeten los tiempos internos, la alfabetización podrá ser una herramienta de libertad. Debemos apostar por una educación que nos permita imaginar mundos posibles y defender nuestra propia voz. Queda abierta la reflexión sobre cuánto estamos dispuestos a proteger esos espacios de gratuidad y placer estético en una sociedad que cada vez más mide todo por su utilidad inmediata.

Bibliografía

Cerrillo, P. (2016). El lector literario. México, Fondo de Cultura Económica.

Filosofía y poesía: dos formas de comprender el mundo

Por Carlos Fabián Flor.

Desde tiempos antiguos, la filosofía y la poesía han acompañado al ser humano en su búsqueda por comprender, el mundo, la existencia y aquello que muchas veces permanece oculto detrás de las apariencias. Aunque suelen presentarse como formas diferentes de pensamiento, ambas comparten una preocupación fundamental: interrogar la realidad y expresar aquello que provoca asombro, inquietud o reflexión.

La filosofía busca comprender mediante la razón, el análisis y la formulación de preguntas. Pregunta qué es la verdad, qué significa existir, qué podemos conocer y cómo debemos vivir. Su camino se construye a través de conceptos y argumentos, intentando alcanzar una comprensión crítica de aquello que nos rodea. La poesía en cambio, se aproxima a la realidad desde la sensibilidad, la imaginación y el lenguaje simbólico. No pretende necesariamente explicar el mundo, sino revelar dimensiones de la experiencia humana que muchas veces escapan a las palabras conceptuales.

Sin embargo, filosofía y poesía no son necesariamente opuestas. Ambas nacen del asombro frente a la existencia. El filósofo pregunta ante aquello que desconoce; el poeta transforma ese asombro en imágenes, metáforas y palabras, capaces de provocar nuevas miradas. Mientras la filosofía intenta explicar y fundamentar, la poesía puede sugerir, conmover y abrir preguntas. En este sentido, una no elimina a la otra, sino que pueden complementarse.

A lo largo de la historia, numerosos pensadores han reconocido esta cercanía. Desde los antiguos filósofos griegos hasta autores contemporáneos, la relación entre pensamiento y lenguaje poético ha permitido explorar cuestiones como el amor, la muerte, la libertad, el tiempo y el sentido de la vida.

La poesía puede convertirse así en una forma de conocimiento, no porque sustituya a la razón, sino porque permite acceder a experiencias que difícilmente podrían expresarse únicamente mediante conceptos.

En conclusión, filosofía y poesía representan dos caminos distintos, pero profundamente vinculados, para acercarnos a la realidad. Una pregunta mediante conceptos y argumentos; la otra mediante imágenes, emociones y palabras. Ambas nos invitan a detenernos frente al mundo, cuestionarlo y descubrir nuevos sentidos. Quizás su mayor punto de encuentro sea precisamente ese: recordarnos que comprender al ser humano, exige no solo pensar lo que somos, sino también sentirlo y expresarlo.



Entre el Escamandro y el Paraná

Por Muzza Arabel

El Escamandro en La Ilíada (Homero, 2015) y el Paraná en A la deriva (Quiroga, 2020) no funcionan como simples ríos, sino que adquieren un profundo significado simbólico y cultural. Como señala Lotman (1996), los símbolos representan uno de los elementos más estables del continuum cultural (p. 102). Aunque separados por siglos y territorios, ambos ríos simbolizan el tránsito entre la vida y la muerte, así como la fuerza de la naturaleza y la fragilidad humana frente al destino.

En la antigua civilización griega, donde los dioses intervienen constantemente en la guerra y en el destino de los hombres, se destaca la figura de Aquiles, el de los pies ligeros, cuya cólera transforma el río en un escenario de destrucción. El paisaje se encuentra cubierto de armas y cadáveres arrastrados por la corriente. Las aguas avanzan violentamente entre remolinos, imagen que reaparece en la representación del Paraná en el relato de Quiroga. Por otra parte, los gritos de los troyanos que intentan escapar hacia el río se mezclan con el rugido del Escamandro, como si el propio dios manifestara su indignación ante la sangre y los cuerpos que contaminan su cauce. Siglos después, en la selva misionera, el Paraná también se presenta como una fuerza dominante: "(...) sobre el río de oro, la canoa derivaba velozmente, girando a ratos sobre sí misma ante el borbollón de un remolino" (Quiroga, 2020, p. 64). Paulino, mordido por una yararacusú, desciende lentamente por el río en un trayecto que anticipa su muerte.

La analogía entre ambos textos se profundiza en la representación de personajes enfrentados a un destino inevitable. Aquiles vuelve a encontrarse con Licaón, cuya súplica resulta vana frente a un destino ya decidido. Así, el héroe griego no escucha sus ruegos: "(...) puso mano a la tajante espada e hirió a Licaón en la clavícula, junto al cuello (...)" (Homero, 2015, p. 329). Luego arroja su cuerpo al río para que la corriente lo arrastre. Del mismo modo, Paulino, paralizado por el veneno que invade progresivamente su cuerpo, termina por morir. Desde la perspectiva de Lotman, el Escamandro y el Paraná evidencian la continuidad de ciertos símbolos culturales, capaces de atravesar épocas y geografías sin perder su potencia significativa. Ambos ríos condensan experiencias humanas universales vinculadas con la muerte, el sufrimiento y los límites de la condición humana frente a fuerzas que exceden su control.

Bibliografía literaria:

Homero (2015). "Canto XXI: Batalla junto al río". En: La Ilíada. Pp. 327-341. Buenos Aires. Editorial Centro editor de cultura.

Quiroga, H. (2020). "A la deriva". En: Cuentos de amor, de locura y de muerte. Pp. 61-65. Buenos Aires. Biblioteca del Congreso de la Nación.

Bibliografía teórica:

Lotman, Iuri. (1996). "El símbolo en el sistema de la cultura". En: La semiósfera I: Semiótica de la cultura y del texto. Pp. 101-108. Madrid. Cátedra.

El peligro de la moraleja y de la superación

Por Virginia Reichel

"La literatura, al contrario que la muerte, vive en la intemperie, en la desprotección, lejos de los gobiernos y de las leyes, salvo la ley de la literatura que sólo los mejores entre los mejores son capaces de romper. Y entonces ya no existe la literatura, sino el ejemplo." -Roberto Bolaño

A veces, para suavizar los tragos amargos, intentamos esconderlos en algo grato, divertido o relajante. Son múltiples los ejemplos que se podrían dar y, de alguna manera, la literatura suele cumplir el rol de ser el bocado dulce. De manera similar a cuando le escondemos una pastilla al perro en un pedazo de queso para que se la trague, se pretende minimizar la literatura a un simple medio para transmitir un mensaje, dar un consejo o expresar una moraleja. En fin: se trata de usar la literatura para domesticar y amansar. Esta idea atenta contra la naturaleza rebelde e indomable de la literatura.

Ahora me pregunto: ¿por qué, entonces, le damos a la literatura una responsabilidad que nunca pidió? ¿Para qué leemos tanta crítica y tanta teoría si la vamos a separar de nuestras formas de leer? En este breve texto pretendo recuperar algunos dichos comunes que he escuchado en mis clases, en los pasillos y en reuniones; simplemente tratar de entender y destejer ideas que sacan a la literatura de su intemperie para llevarla a un cubículo. No pretendo hacer un entramado profundamente teórico, sino desentramar esos dichos que tanta incomodidad me han generado.

En primer lugar, suelo escuchar combinaciones de la frase: "Quiero elegir un cuento que sirva para..." o "Me gustó ese cuento, me sirve para...". Es importante entender que la literatura en nuestra área es un objeto de enseñanza; los distintos ejes que la configuran y que abren conversaciones o debates son puntos de partida para unidades, proyectos y planificaciones.

Me parece curioso, no obstante, que intentemos insertar en la literatura constantemente la enseñanza de un contenido específico o, peor aún, un mensaje moral.

Y aquí es donde yo, ya no como profesora sino como lectora mordaz, me desconecto. No entiendo esta actitud, porque jamás ingresé a un buen libro esperando salir con una enseñanza y con la seguridad de haber entendido a la perfección el mensaje que ese autor-persona pensó; ni tampoco he medido el valor de un libro según cómo me ha enseñado a ser mejor persona. La literatura me ha hecho sentir enojo, dolor, alegría y empatía. Me he sentido menos sola porque leí sobre experiencias —aunque fueran ficcionales— que me recordaban a las mías, y me ha vuelto más comprensiva ante visiones del mundo a las que jamás hubiese accedido si no era a través de las páginas.

Entonces, vuelvo a la pregunta: ¿por qué le queremos esconder moralejas, mensajes y aprendizajes dentro a la literatura? ¿Vamos a ignorar todo el bagaje de investigaciones, teoría y crítica que hemos pasado horas estudiando para denigrar a la literatura a una mera herramienta de control, a un queso para una pastilla difícil de tragar?

Apelo a las palabras de Graciela Montes (2001), que giran en torno al corral que se construye sobre la literatura infantil, pero que nos sirve para pensar en estos procesos:

"Así,despojada, lijada, recortada y cubierta con una mano de pintura brillante era ofrecida como la realidad, y el cuento, como el cuento realista. Los pedagogos, contentos, porque el cuento informaba acerca del entorno, "educaba" (fin último de todo lo que rodeaba a lo infantil) y no se desmandaba por esos oscuros e imprevisibles corredores de la fantasía" (p. 22).

Estos intentos de lijado y de sometimiento que se pretenden hacer con la literatura se arraigan en los estudiantes y reaparecen en distintas circunstancias, una de ellas en los espacios de formación docente, ya sea inicial o continua. Hace un tiempo decidí sacar de un programa "La ridícula idea de no volver a verte" de Rosa Montero. Hasta hoy me sigo preguntando si fue lo correcto, porque a veces resulta difícil diferenciar las decisiones pedagógicas de las personales. Pero la realidad es que me cansé de ver cómo este libro —que juega con distintos niveles narrativos, que entrecruza la autobiografía con la reconstrucción de la biografía de Marie Curie, que es inclasificable genéricamente y rizomático— terminaba minimizado a descripciones sobre la resiliencia, «encontrar la luz al final del túnel» o cómo nos puede ayudar a salir de un duelo. Tomemos la genialidad del siguiente fragmento:

"Qué importantes son esos ritos para los vivos. Acuérdate de Aquiles mancillando el cadáver de Héctor: es el núcleo de la tragedia, la mayor atrocidad que relata la Ilíada. Y eso que es una obra que está llena de espantos: raptos, violaciones, masacres, traiciones. Pero nada tan horrible como profanar el cadáver de tu enemigo; porque si no eres capaz de comprender, de reconocer y respetar el dolor de sus deudos, es que tampoco puedes reconocer tu propia humanidad ni respetarte a ti mismo. (...) la pena es pura y sagrada, y hasta en la muerte puede haber belleza, si sabemos vivirla." (Montero, 2018, p.171)

En este fragmento vemos intertextualidad, el conflicto y el valor de la muerte como algo profundamente humano y universal, inmerso en una urdimbre narrativa y argumentativa. ¿Nos animaríamos a leerlo en clave únicamente de superación personal, término que me parece ambiguo y peligroso?

Es necesario seguir preguntándonos constantemente y por qué está tan arraigada e incuestionada la relación de la literatura con su potencial uso pragmático en la vida real en tantos niveles educativos. La literatura de calidad puede volvernos más críticos y potenciar nuestras habilidades de comprensión, no solo de textos, sino del mundo; nos vuelve curiosos e insaciables.

Si seguimos leyendo en clave de autoayuda a los libros con calidad literaria, y a los libros de autoayuda los leemos como literatura de calidad, estamos entrando en un terreno terrible y con un horizonte escalofriante.

No niego que la literatura nos ayuda en la oscuridad y colabora en nuestro crecimiento y desarrollo, pero de mil maneras posibles. Sería un desperdicio quedarnos únicamente en el plano de lo moral. Cierro esta idea con un fragmento que busca una respuesta intermedia: dejemos de tratar de esconder y encontrar mensajes y valores en la literatura, y permitámonos ser incluidos en el gran tapiz narrativo de la humanidad:

"Somos criaturas sedientas de historias. Por esa razón llevamos libros con nosotros —o dentro de nosotros— a todas partes; también a los territorios del espanto, como eficaces botiquines contra la desesperanza." (Vallejo, 2021, p. 241)

Bibliografía

Montero, R. (2018). La ridícula idea de no volver a verte. Seix Barral, Madrid.

Vallejo, I. (2021). El infinito en un junco. DeBolsillo, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Montes, G. (2001). El corral de la infancia. Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México.